

Ya no se agita el pecho por latidos  
Del corazón; y al organismo activa  
La congoja febril de los sentidos.

¡Oh ilusión! mariposa fugitiva  
Que surges á la luz de una mirada,  
Más cariñosa cuanto más furtiva.

Pronto tiendes tu vuelo á la ignorada  
Región en que el espíritu confuso  
El vértigo presiente de la nada.

Siempre el misterio á la razón se opuso:  
El audaz pensamiento el freno tasca  
Y exánime sucumbe el hombre iluso.

Por fin, del mundo en la áspera borrasca  
Sólo quedan del árbol de la vida  
Agrio tronco y escuálida hojarasca:

Voluble amor, desecha la guarida  
En que arrulló promesas de ternura,  
Y busca en otro corazón cabida.

¿Qué deja al hombre al fin? Tedio, amargura,  
Recuerdos de una sombra pasajera,  
Quién sabe si de pena ó de ventura.

Tal vez necesidad de una quimera,  
Tal vez necesidad de una esperanza,  
Del dulce alivio de una fe cualquiera.

Mientras tanto en incierta lontananza  
El indeciso término del viaje  
¡Ay! la razón á comprender no alcanza.

¿Y esto es vivir? . . . . En el revuelto oleaje  
Del mundo, yo no sé ni en lo que creo.  
Ven, ¡oh dolor! Mi espíritu salvaje  
Te espera, como al buitre, Promoteo.

## LUIS G. ORTIZ.

### I

#### SONETOS.

### I

#### MI FUENTE.

Al pie de la inocente y escondida  
Mística choza en que rodó mi cuna,  
Sus ondas derramando una por una  
Rueda mi fuente entre el verdor perdida.

Cuántas noches mirando repetida  
En su cristal á la naciente luna,  
¡Quién tuviera, exclamaba, la fortuna  
De ir en el mar por la región tendida!

Quísolo Dios: sobre flotante leño  
Y entre las ondas de la mar hirviente  
Vi realizarse mi afanoso empeño:

Viendo á Dios en el mar bajé la frente;  
Pero agora en el mar, tan sólo sueño  
Mi humilde y dulce y sonora fuente.

### II

#### LAS GOLONDRINAS.

Salud, salud, aligeras viajeras,  
Amantes tiernas del Abril florido,  
Que cruzáis sobre el lago adormecido  
De la estación de amores mensajeras.

No abandonéis ¡oh amigas! las riberas  
Que cuando niño recorrí embebido;  
Suspended en mi techo vuestro nido  
Y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las lindas flores  
Que circundan sencillas mi ventana,  
Y me haréis olvidar tristes dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana,  
Mientras sueño con Laura y sus amores,  
¡Dulces amores de mi edad temprana!

---

III

LA ÚLTIMA GOLONDRINA.

Ya con la última flor de primavera  
También la última y dulce golondrina,  
Huyendo de la escarcha y la neblina,  
Se alejó de mi choza y mi ribera.

Hoy en el blando nido en que se oyera  
El cantar de la ausente peregrina,  
Sólo un lamento, cuando el sol declina,  
El viento finge en nota lastimera.

Al pueblo y soto, al nido y la cabaña  
Y al transparente y sonoro río,  
Todo una sombra taciturna baña.

Y en esa soledad de invierno frío,  
Sólo tu amor mi espíritu acompaña;  
¡No vayas tú á dejarme, oh dueño mío!

---

II

LA BODA PASTORIL.

A JUSTO SIERRA.

Quæ tibi, quæ tali reddam pro carmina dona?  
VIRG. BUC. ÉGL. V.

I

LA ALDEA.

Azul el cielo está, y es la montaña  
Toda flores, verdor, trinos y aroma,  
Y finge el aura arrullos de paloma  
Y se mira en las fuentes la espadaña.

Apolo, en tanto, fulgurante baña  
El valle hermoso en cuya verde loma  
Como cisne entre mirtos, blanco asoma  
El sacro templo, abajo la campaña.

La Inocencia que vive entre pastores,  
Feliz habita la apacible aldea,  
Donde entre acacias, rosas y verdes

Besa en la noche cándida Febea,  
Dos chozas en que viven con las flores  
Mirtilo en una, en otra Galatea.

---

II

LA CITA.

Como el lirio que nace con la aurora  
De nieve el manto y salpicado de oro,  
Sale al oír el matutino coro,  
Suelto el cabello la gentil pastora.

Mirtilo el boquirrubio, en esa hora  
La espera al pie del verde sicomoro;  
Zagal enamorado que un tesoro  
De amor guarda á la virgen que le adora.

Ella dichosa sus ovejas guía,  
Y él sus inquietas cabras al enhiesto  
Peñón cercano de la fresca umbría;

Y uniéndose á la vez en el recuesto  
Se ven, se hablan, se besan, y decía  
Ella: "¿Cuándo, mi bien?" Y él: "Presto, presto."

---

III

HIMENEO.

Saltó el Héspero ya: su cabellera  
De azules llamas, perfumada agita  
La antorcha que en el templo dulce imita  
La luz de Venus que en el cielo impera.

Sobre el altar la ofrenda, sólo espera  
A los amantes en la sacra cita;  
A ella cual blanca y pura margarita,  
A él como nardo en su estación primera.

La multitud en entusiasta grito  
"Ellos," prorrumpe, y el pastor Alfeo  
Dirige el coro en el sencillo mito;

Amor realiza el férvido deseo,  
Y entre el perfume del sagrado rito  
Canta el coro tres veces: "¡Himeneo!"

---

IV

EL TALAMO.

Llega la esposa al tálamo que en flores  
Placer y Amor en competencia ornaron,  
Mustios los dulces ojos que cerraron  
Los besos de la madre en sus amores.

Virginidad llorando, los primores  
Que á la blanca doncella engalanaron,  
Ve bajar de sus hombros que temblaron  
Desnudos cual sus senos seductores.

Huye la diosa; al lecho misterioso  
Venus conduce á la beldad divina  
Que mal esconde el susto fatigoso.

Mirtilo hablando quedo á ella se inclina,  
Y se oye un ¡ay! mas el Pudor cuidadoso  
Del lecho cierra la nupcial cortina.

---

MANUEL JOSE OTHON.

I

SURGITE:

I

Blanco el cielo. Montañas oscuras  
Se destacan en fondo gris perla.  
Sobre el pico más alto ha prendido  
Su penacho de luz una estrella.  
Un alfange de plata la luna  
Recortando las nubes semeja,  
Y un lucero muy pálido y triste  
Desde el claro perfil de la sierra,  
Soñoliento su blanca mirada  
Arrojando tenaz, parpadea,  
A la vez que otros astros se ocultan  
En el seno de la húmeda niebla.

II

Los nocturnos ruidos se apagan  
Y se apagan también las estrellas.  
Por el Este, sus franjas de oro,  
De la aurora gentil mensajeras,  
Tiende el sol, que en su lecho de nubes  
Como un rey oriental se espereza.  
Y las sombras buscando refugio  
De Occidente en los mares navegan,

Y el espacio atraviesan veloces  
Tripulando sus góndolas negras.  
Sólo Venus en lo alto del cielo  
Como un foco inmortal centellea.

III

En la tierra las cosas presienten  
Un instante solemne, y esperan.  
Surte el agua, las fuentes palpitan,  
Se estremece la oscura arboleda,  
Y en la fronda se siente el latido  
De unas almas que cantan y vuelan.  
Son visibles espíritus: brotan  
Del ramaje; las hojas despliegan  
El sutil pabellón de esmeralda.  
Todo es vida y rumor, todo tiembla.....  
Y un concierto de arpegios y trinos  
Por los aires inmensos resuena.

IV

A lo lejos se escucha el estruendo  
Del trabajo y la lucha que llegan.  
El reposo es momento que pasa;  
Sólo fuerte y durable es la brega.  
¡Hombre, sús! Abandona tu lecho,  
Que la vida te llama y espera.  
Ya en tu seno las vísceras laten;  
Ya en tu sienes la sangre golpea.....  
¡La montaña calcárea á tus huesos;  
Sus entrañas de hierro á tus venas;  
Y á tu espíritu ardiente los rayos  
Con que inunda tu Dios las esferas!

## II

D. QUIJOTE Y DULCINEA.

ÉL.

Yo soy el caballero de los leones,  
 Desfacedor de entuertos y sinrazones.  
 De la fe y la justicia llevo la palma;  
 Culto eterno les rindo dentro del alma.  
 Una ruda batalla fué mi existencia,  
 Y en el cristal sereno de mi conciencia  
 Brilló el destello  
 De todo lo que es grande, de lo que es bello.

Jamás impura sombra cruzó mi mente.  
 Dios me inundó en su lumbre resplandeciente.  
 El mundo, al ver mis hechos y mi figura,  
 Dice que soy la imagen de la locura.  
 ¿Locura la esperanza, la fe, la gloria?.....  
 El bien y la justicia ¿serán escoria?  
 Batallar con la sombra que me rodea,  
 Amarte como te amo, mi Dulcinea.....  
 ¡Oh! dime tú, que brillas en el Toboso  
 Como el sol en los cielos esplendoroso,  
 ¿Es locura todo esto, la fe, la calma,  
 El amor, la belleza, la luz, el alma?.....  
 Si es así, mi alma quiere seguirla terca.....  
 ¡Bendita la locura que á Dios me acerca!

Ni aun tu sombra conozco; jamás te he visto;  
 Y sin embargo vives, porque yo existo.  
 Llevo tu casta imagen en mí grabada  
 Invisible y obscura como la nada.

Y cuando quiero verla, tiendo los ojos  
 A los del horizonte celajes rojos.  
 En ellos miro el rayo de tu sonrisa;  
 Tu voz oigo en el soplo de cada brisa.  
 Por tí vencí gigantes, domé vestiglos;  
 Por mí vivirás siempre siglos y siglos.  
 Llorar hice las peñas de las montañas  
 Y están llenos los libros de mis hazañas.  
 Si te desencantaras, princesa mía,  
 Acaso ¡oh Dios! entonces no te amaría;  
 Que en la existencia  
 A lo desconocido va la conciencia.

ELLA.

Así que me idolatres por siempre quiero:  
 También yo te idolatro, mi caballero.  
 Y si por mí te quejas de mal ferido,  
 No temas que tus hechos ponga en olvido.  
 Acabará tu vida serena y pura,  
 Mas para mí no hay muerte ni sepultura.  
 Verásme desde lejos, mi fiel amigo:  
 La humanidad veráme también contigo.....  
 Soy la esperanza,  
 Que siempre se persigue, nunca se alcanza.....

## III

HIMNO DE LOS BOSQUES.

I

En este sosegado apartamiento,  
 Lejos de cortesanas ambiciones,  
 Libre curso dejando al pensamiento,  
 Quiero escuchar suspiros y canciones.

¡El himno de los bosques! Lo acompaña  
 Con su apacible susurrar el viento,  
 El coro de las aves con su acento,  
 Con su rumor eterno la montaña.  
 El torrente caudal se precipita  
 Al hondo cauce, con furor azota  
 Las piedras de su lecho, y la infinita  
 Estrofa ardiente de su seno brota.  
 ¡Del gigante salterio en cada nota  
 El salmo inmenso del amor palpita!

## II

Huyendo por la selva presurosos  
 Se pierden de la noche los rumores.  
 Los mochuelos á su antro van medrosos  
 A esconderse, y exhalan los alcores  
 Sus primeros alientos deleitosos.  
 Abandona mis párpados el sueño.  
 La llanura despierta alborozada;  
 Con su semblante pálido y risueño  
 La vino á despertar la madrugada.  
 Del Oriente los blancos resplandores  
 A aparecer comienzan. La cañada  
 Suspira vagamente; el sauce llora  
 Cabe la fresca orilla del riachuelo,  
 Y la alondra gentil levanta al cielo  
 Un prelude del himno de la aurora.  
 La bandada de pájaros canora  
 Sus trinos une al murmurar del río.  
 Gime el follaje temblador; colora  
 La luz los campos, las montañas dora,  
 Y á lo lejos blanquea el caserío.  
 Y va creciendo el resplandor, y crece  
 El concierto á la vez. Ya los rumores

Y los rayos de luz hinchen el viento,  
 Hacen temblar el éter, y parece  
 Que en explosión de notas y colores  
 Va á inundar á la tierra el firmamento.

## III

Allá, tras las montañas orientales,  
 Surge de pronto el sol, como una roja  
 Llamada de incendios colosales,  
 Y sobre los abruptos peñascales  
 Ríos de lava incandescente arroja.  
 Entonces de los flancos de la sierra  
 Bañada en luz, del robledal obscuro,  
 Del espantoso, acantilado muro  
 Que el paso estrecho á la hondonada cierra;  
 De los profundos valles, de los lagos  
 Azules y lejanos que se mecen  
 Blandamente del aura á los halagos,  
 Y de los matorrales que estremecen  
 Los vientos..... de las flores, de los nidos,  
 De todo lo que tiembla ó lo que canta,  
 Una voz poderosa se levanta  
 De arpegios y sollozos y gemidos.

Bala el ganado que á los pastos llevan  
 Silbando los pastores. Mansamente  
 Pacen los bueyes y mugiendo abrevan  
 En las límpidas ondas de la fuente.  
 Bajo el espeso bosque de raíces  
 Que el tronco de las ceibas ha formado,  
 Grita el papán y se oye en el sembrado  
 El triste cuchichiar de las perdices.  
 Mezela aquí sus ruidos y sus sonos  
 Todo lo que voz tiene; la corteza

Que hincha la savia ya, crepitaciones,  
 Su rumor misterioso la maleza  
 Y el clarín de la selva sus canciones.  
 Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento  
 Que los maizales apacible orea  
 Sopla del Septentrión, se oye el acento  
 Y algazara que, locas de contento,  
 Arrojan las campanas de la aldea.....  
 Es que también se alegra y alboróza  
 El viejo campanario. La mañana  
 Con húmedas caricias lo remoza;  
 Sostiene con amor la cruz cristiana  
 Sobre su humilde cúpula; su velo  
 Para cubrirlo tienden las neblinas  
 Como cendales que le presta el cielo,  
 Y en torno de la cruz las golondrinas  
 Cantan, girando en caprichoso vuelo.

## IV

Oigo pasar, bajo las frescas chicas  
 Que del sol templan los ardientes rayos,  
 En bandadas los verdes guacamayos,  
 Dispersas y en desorden las urracas.  
 Va creciendo el calor. Comienza el viento  
 Las alas á plegar. Entre la fronda,  
 Lanzando triste y gemidor acento,  
 La solitaria tórtola aletea,  
 Suspenden los saúces su lamento;  
 Calla la voz de la cañada honda,  
 Y un vago y postrer hálito menea  
 Las áureas puntas de la espiga blonda.

Entonces otros múltiples rumores  
 Como un enjambre zumban á mi oído:

El chupamirto vuela entre las flores;  
 Sobre las ondas de cristal fundido  
 Cae el escarabajo de colores;  
 Mientras que la libélula temblando  
 Va sobre los cristales bullidores,  
 Sus alas sutilísimas vibrando.

El limpio manantial gorgoritea  
 Bajo el peñasco gris que le sombrea;  
 Corre sobre las guijas murmurando,  
 Lame las piedras, los juncales baña  
 Y en el lago se hunde. La espadaña  
 Se estremece á la orilla susurrando,  
 Y la garza morena se pasea  
 Al són del agua cariñoso y blando.

## V

Ya sus calientes hálitos la siesta  
 Echa sobre los campos. Agostada  
 Se duerme la amapola en la floresta  
 Y, muerta, la campánula morada  
 Desprende el tallo de la roca enhiesta.  
 Pero bajo la selva estremecida  
 No deja aún de palpitar la vida:  
 Toda rítmica voz la manifiesta.  
 No ha callado una nota ni un ruido:  
 En el espacio rojo y encendido  
 Se oye á los cuervos crascitar, veloces  
 La atmósfera cruzando, y la montaña  
 Devuelve el eco de sus roncadas voces.  
 Las palomas zurean en el nido:  
 Entre las hojas de la verde caña  
 Se escucha el agudísimo zumbido  
 Del insecto apresado por la araña.  
 Las secas ramas quiébranse al ligero

Salto de las ardillas; su chasquido  
 A unirse va con el golpeo bronco  
 Del pintado y nervioso carpintero  
 Que está en el árbol taladrando el tronco;  
 Y las ondas armónicas desgarran  
 Con desacorde són el chirriante  
 Monótono cantar de la cigarra.  
 Corre por la hojarasca crepitante  
 La lagartija gris; zumba la mosca  
 Luciendo al aire el tornasol brillante,  
 Y agitando su crótalo sonante  
 Bajo el breñal la víbora se enroscó.

El intenso calor ha reseca  
 La savia de los árboles; cayendo  
 Algunas hojas van, y al abrasado  
 Aliento de la tierra evaporado,  
 Se revienta la crústula crujiendo.  
 —En tanto yo, cabe la margen pura,  
 Del bosque por los sonos arrullado,  
 Cedo al sueño embriagante que me enerva  
 Y hallo reposo y plácida frescura  
 Sobre la alfombra de tupida hierba.

## VI

Trepando audaz por la empinada cuesta  
 Y rompiendo los ásperos ramajes,  
 Llego hasta el dorso de la abrupta cresta,  
 Donde forman un himno á toda orquesta  
 Los gritos de los pájaros salvajes.  
 Con los temblores del pinar sombrío  
 Mezcla su canto el viento, la hondonada  
 Su salmodia, su alegre carcajada  
 Las cataratas del lejano río.

Brota la fuente en la escondida gruta  
 Con plácido rumor, y acompasada,  
 Por la trémula brisa acariciada,  
 La selva agita su melena hirsuta.  
 Esta es la calma de los bosques; mueve  
 Blandamente la tarde silenciosa  
 La azul y blanca y ondulante y leve  
 Gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias apareja  
 Y su pulmón la tempestad inflama.  
 Ronco alarido y angustiosa queja  
 Por sus gargantas de granito deja  
 La montaña escapar; maldice, clama;  
 El bosque muge y el torrente brama;  
 Y de las altas cimas despeñado,  
 Por el espasmo trágico rompido,  
 Rueda el vertiginoso acantilado  
 Donde han hecho las águilas el nido  
 Y su salvaje amor depositado.  
 Y al mirarle por tierra destruido  
 Expresión de su cólera sombría,  
 Aterrador y lúgubre graznido  
 Unen á la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río  
 Arrastra en pos peñascos y troncos  
 Que con las ondas encrespadas luchan.  
 En las entrañas del abismo frío  
 Que parecen hervir, palpitaciones  
 De una monstruosa víscera se escuchan.  
 Retorcidas raíces, al empuje  
 Feroz, rompen su cárcel de terrones.  
 Se desgaja el espléndido follaje  
 Del viejo tronco, que al rajarse cruje.

El huracán golpea los peñones;  
 Su última racha entre las grietas zumba,  
 Y es su postrer rugido de coraje  
 El trueno que, alejándose, retumba  
 Sobre el desierto y lóbrego paisaje.

## VII

Augusta ya la noche se avecina  
 Envuelta en sombras. El fragor lejano  
 Del viento, aun estremece la colina  
 Y las espigas del trigal inclina  
 Que han dispersado por la tierra el grano.  
 Siento bajo mis pies trepidaciones  
 Del peñascal; entre su quiebra oscura,  
 Revuelto el manantial, ya no murmura,  
 Salta garrulador á borbotones.  
 Son las últimas notas del concierto  
 De un día tropical. En el abierto  
 Espacio del Poniente, un rayo de oro  
 Vacila y tiembla. El valle está desierto  
 Y se envuelve en cendales amarillos  
 Que van palideciendo.—Ya el sonoro  
 Acento de la noche se levanta.  
 Ya empiezan melancólicos los grillos  
 A preludiar en el solemne coro. . . .  
 ¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos  
 Y las quejas, los cantos y rumores  
 Escapados del fondo de los nidos,  
 De las fuentes, los árboles, las flores;  
 El sonrosado idilio de la aurora  
 De estrofas cremesinas que el sol dora;  
 La égloga de la verde pastoría;

La oda de oro que al mediar el día  
 De púrpura esplendente se colora;  
 De la tarde la pálida elegía  
 Y la balada azul, la precursora  
 De la noche tristísima y sombría. . . .  
 Cual bandada de pájaros errando  
 Fueron á guarecerse en la campana  
 De la rústica iglesia, que lejana  
 Se ve, sobre las lomas descollando.  
 Y en el instante místico en que al cielo  
 El *Angelus* se eleva condensando  
 Todas las armonías de la tierra,  
 El himno de los bosques alza el vuelo  
 Sobre lago, colina, valle y sierra;  
 Y al par de la expresión que en su agonía  
 La tarde eleva á la divina altura,  
 Del universo el corazón murmura  
 Esta inmensa oración: ¡SALVE, MARÍA!